

MI BANDERA

(Poema de la Victoria)

POR

J. HERNÁNDEZ GAVIRA

*Primer Teniente del Ejército de los Estados Unidos
en la Primera Guerra Mundial*

—»«—

DEDICATORIA

Con motivo del 4.º Aniversario de la Liberación de
Manila.

—»«—

¡No fué tu eclipse la cobarde entrega
De un pueblo débil al poder extraño!
Bathalà te sostuvo en la refriega
Y surges, victoriosa, como antaño.



Densas nubes de humo negro se alzan desde el distrito circundante de la Avenida de Rizal, uno de los principales centros comerciales de Manila, mientras los japoneses arrasan e incendian los edificios en un vano intento de impedir el avance de las fuerzas norteamericanas que entraron el 3 de febrero de 1945 en la ciudad. La foto fué tomada desde la azotea o peñascal de la Universidad de Sto. Tomás, de donde pusieron en libertad a unos cinco mil prisioneros aliados. Durante algún tiempo después los japoneses tercamente se resistieron en el sector sur a las operaciones de barrido de las fuerzas norteamericanas. Por fin, el 22 de febrero quedó Manila totalmente liberada.

Como ayer, cuando entonces en Malolos
Urdiste la República primera,
Y al brillo de las dagas y los bolos
Agitaste tus pliegues en tu esfera.

Desde entonces, tus luchas proseguiste
Por alcanzar tu aspiración genuina.
¡Y cuántas veces a tus hijos viste
Batallar por la causa filipina!

España, América, Japón, testigos
Són del vigor de tu nación unida,
En lucha con extraños enemigos
¡Nunca entre hermanos la agresión suicida!

Con las armas midieron tu coraje,
Aureo blasón del genio de tu raza,
Por instinto rebelde al coloniaje
Y la invasión que con razón rechaza.

Bastó en Balintawak un solo grito
Para iniciar el fuego de batalla;
Bonifacio, Jacinto . . . lo infinito . . .
Al compás del cañón o la metralla.

Tus héroes inmortales vieron mudos
De asombro tu última actuación guerrera;
Caíste herida ante los golpes rudos,
Mas no vencida, ¡firme en tu trinchera!

Y fuiste tú, quien repeliendo la horda
De la barbarie en Bataán con furia,
Encendiste de América la sorda
Indignación por castigar la injuria.

Pero antes, en las tierras de Visayas
En vano pretendieron lo imposible,
Dominar tus altivas atalayas,
A Dagohoy, el héroe irreductible.

El mundo, atónito, admiró tus lides,
Tu gesto altivo cuando tú te enojas,
Cómo te honraron bravos adalides
En pos de Quezon y de Osmeña y Roxas.

Envuelto en llamas del rugiente infierno,
Recordando la historia de Malasia,
Por tu futuro bienestar eterno,
A Dios pedía tu exclusión del Asia.

No fué tu noble corazón exiguo
Al afrontar el bárbaro interludio:
Si fué gigante tu blasón antiguo,
¡Lo fué también tu colosal postludio!

En la dúplice guerra contra España
Y América, tu sólido prestigio
No se manchó con la inmoral hazaña
Que fué la marca del tercer litigio.

¡No eres asiática! Progenie ilustre
Del malásico imperio Shri-Visaya,
Es del Malayo tu nativo lustre
Y tu gesta con sangre lo subraya.

Ya no cabe en los folios de la historia
La magnitud de tu gentil hazaña;
Cada encuentro fué timbre de tu gloria,
De América al Japón, después de España.

Hoy dominas las cúspides serenas
De tu nación sin restricción alguna;
Así te concibieron sin cadenas,
Rizal y Del Pilar, Jaena y Luna.

Con la lira de Apóstol y Guerrero,
¿Quién no te cantó, enseña bendecida?
¿Quién, por vengarte, no empuñó el acero,
Quién, por quererte, no te dá la vida?

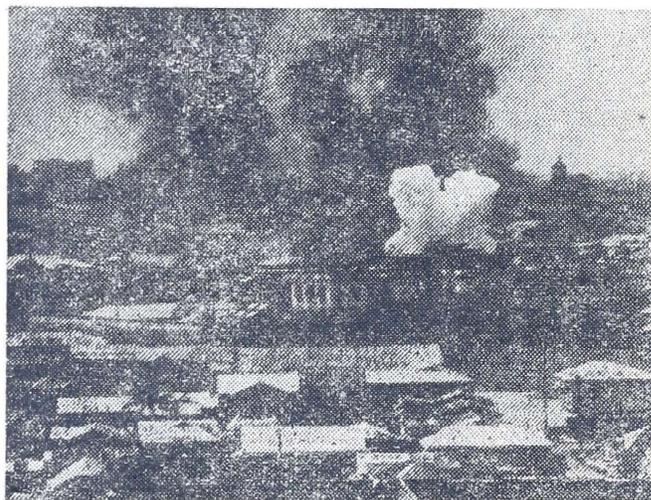
Rizal Mabini, Plaridel, Jaena,
Magbanua, Bugallón, Hernández, Salas:
Ya con la pluma, ya de pie en la arena,
Jamás temieron las traidoras balas.

Yo mismo fuí soldado en la contienda
Que conmovió el catorce a la Europa,
Cuando entonces América a su tienda
Incorporó la filipina tropa.

Yo fuí teniente del audaz combate
Democrático contra la autocracia,
Cuando allá en Marne se probó el quilate
Pobre de la germánica eficacia.

En época ulterior rugió el Decálogo
Con la potencia que el ciclón encierra;
El mismo gesto y el valor análogo
Al afrontar la japonesa guerra.

Este es el día por Rizal preescrito:
Ya la idea venció a la fuerza bruta,
Gozas de libertad, que no es un mito,
Nadie tu honor ni tu poder disputa.



Fuerzas de infantería de los Estados Unidos en persecución de los japoneses ocultos en los bosques después de establecer en Lingayén cabezas de puente. Estas fuerzas avanzaron hacia el sur a través de la meseta central de Luzón, obligando a los japoneses a retirarse de toda el área. El 3 de febrero entraron en Manila y ocuparon el campo de Santo Tomás, poniendo en libertad a millares de prisioneros aliados.

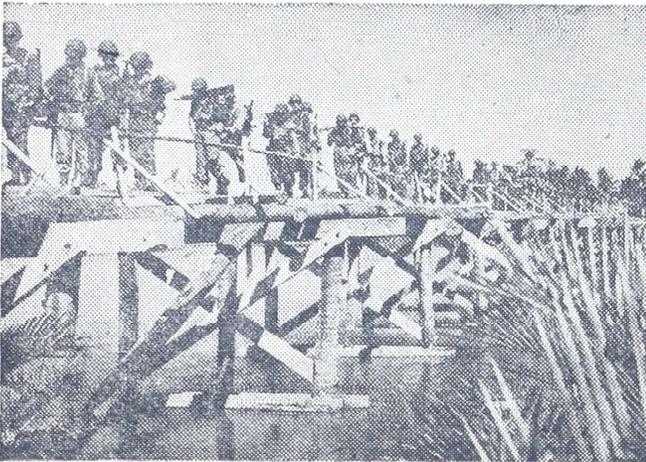
PROGRAMA DE RADIO DE PERFUMES DANA

Sintonice diariamente con las siguientes emisoras:

Emisora DZFM—Todos los días y en espeial los lunes—noche de aficionados a las 8:00 p.m. con el famoso trío Lopita, Lopito y Ticman como principales protagonistas.

Emisora DZPI—Todos los días durante el programa del Women's Club.

Emisora DZBU—En Cebú—diariamente.



Soldados de los E. U. cruzando un puente para peatones en el area del Golfo de Lingayén, donde el 9 de enero de 1945 establecieron cuatro cabezas de puente, para comenzar la liberación de la Isla de Luzón. Desde tales cabezas de puente las fuerzas norteamericanas avanzaron sin cesar rumbo al sur para reconquistar a Manila donde entraron el 3 de febrero de 1945. Una semana después las restantes fuerzas japonesas, sorprendidas en el sector sur de la ciudad, emprendieron su última resistencia.

Esta es la aurora que el gran mártir plugo,
Encarnación de su glorioso cántico:
Estás ya libre del extraño yugo,
De Ybayat a las costas del Atlántico.

Fué larga jornada, ¡mas qué importa!
Venciste a Judas con feliz fortuna,
Sin quebrantar la colosal aorta
Del corazón de tu grandiosa cuna.

Subiste el símbolo cual piedra dura:
Valor indica tu encarnación vivo,
Noble progenie la celeste albura,
Azul, el estro del cantar nativo.

En el centro del místico triángulo
El dios Febo preside tus estrellas,
Concreción del patriótico rectángulo,
La eternidad, los rayos, las centellas.

Con el fuego encendido del dios Febo,
Si alguna vez te muerden las injurias,
Tu corazón, indómito mancebo,
Se lanza al circo, por fusil las furias.

Tus tres estrellas son las tres regiones
Que señalan la linde de tus playas,
En la paz o al rugido de cañones,
Unidas Mindanao, Luzón, Visayas.

Bandera que a las águilas asombra;
Si un día te ocultó profundo abismo,
Ave Fénix, resurges de la sombra,
Cantando tu viril nacionalismo.

Al completarse la última jornada
Al fragor de cañones retumbantes,
Sola tú con el ala desplegada
Volabas con las águilas gigantes;

Las aves redentoras, cuyas huevas
Mortíferas soltaban desde el cielo,
Abriendo paso a las naciones nuevas
A ser felices en su propio suelo.

Eran tus hijos quienes con América
A librarte venían del verdugo,
Destruyendo del Asia la urbe esférica
Que urdió el Japón para extender su yugo.

Al ritmo de las bombas incendiarias
Canté tu incomparable ejecutoria,
Entonando mis rimas lapidarias
Al rojo resplandor de la victoria.

Verbo de admonición y rebeldía
Prohibido por la rígida mordaza;
El poema de noble gallardía,
El mismo orgullo del honor de raza.

Arriba rayos, en la tierra trombas,
Roncos rugidos por los cuatro puntos,
Zumbaban los aviones con sus bombas
Repicando la misa de difuntos.

A golpes del horriísono fogueo,
La ciudad sepultada bajo escombros,
Por ti rezando, porque en Cristo creo,
Te alzaba sin temor sobre mis hombros,

Triste guerrero, enflaquecido atleta
Que te siguió en tu tríplice calvario,
No se rindió su espíritu de esteta
Por temor al verdugo sanguinario;

Hoy vuelves a tu suelo redimida
Ante el clamor de la conciencia pública,
Por el fuego y la sangre concebida,
Bandera nacional de mi República.

Yo te saludo tricolor enseña,
Señora de las cumbres y los llanos;
De tus alcores y horizontes dueña
¡A tu mástil se abracen los hermanos!

Hoy más que nunca tu nación reclama
 Unidad de propósitos de enmienda,
 Para mantener firme tu proclama
 Al calor de tu tríplice leyenda.

Culto al hogar sujeto a organismos
 De la raza por digno paradigma;
 Y destruídos odiosos barbarismos,
 Del esclavo borrar el torpe estigma.

No hay timbre más brillante que el destello
 ¡Del sol que alumbra el arrozal nativo
 Ser filipino compatriota es sello
 Mejor que ser asiático nocivo.

Así, camino de las altas cumbres,
 En marcha con tus héroes nacionales,
 Habrá una patria de radiantes lumbres,
 Un altar a tus hijos inmortales.

Cuántos cayeron en la negra noche
 Quemando en tu crisol sus áureas galas,
 Vuelen contigo en tu broncíneo coche.
 Hacia lo eterno las inmensas alas.

Y rómpan de sus tumbas el mutismo,
 Aquellos que murieron por quererte,
 A la luz del patriótico exorcismo
 Canten de júbilo al volver a verte.

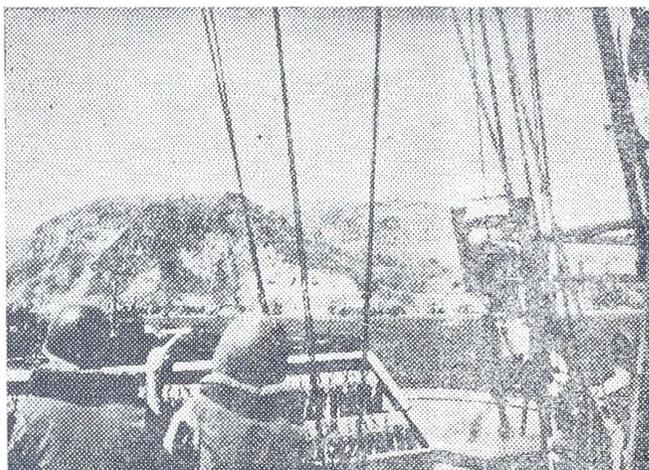
Haya paz en tus fúlgidos eriales
 Por tu vuelta a la cumbre sempiterna;
 Hoy riges los destinos nacionales,
 Soberana, no como subalterna.

En tus aras crepita roja hoguera
 Y te alces a los cielos majestuosa;
 Ya los muertos despiertan de su espera,
 ¡Tu asta se clave en lo hondo de su fosa!

Canten los vates himnos de victoria
 Así que inicias la triunfal jornada;
 Viva tu gesta inmarcesible gloria,
 ¡Dios te bendiga! ¡Entrégame la espada!

¡Canten los pueblos salmos de optimismo!
 ¡Y con ambas Américas la alianza,
 Alentando el patriota fe en sí mismo
 ¡Tendrás la fuerza que el rencor no alcanza!

Pues la historia demuestra que aislada
 No basta tu valor de fuerte dique
 A repeler la insaciedad malvada,
 De Limahong al último cacique.



Buques norteamericanos de desembarque con tropas de infantería acercándose a las playas del sur de Corregidor mientras a lo lejos los aviones dejan caer a paracaidistas el 15 de febrero de 1945 sobre lo más alto de la histórica fortaleza, en una operación triple. En menos de una hora las dos fuerzas combatientes se pusieron en comunicación y aunque superadas en una proporción de dos a uno, vencieron a la guarnición japonesa y se posesionaron de la Isla en lo que el General MacArthur calificó de "una de las más brillantes operaciones de la historia militar." Los japoneses, el primero de marzo de 1945, habían perdido ya 4,215 soldados cuando los norteamericanos completaban la posesión de la Isla-Fortaleza.

Por Dios y por la patria consagrada,
 Bandera de mis ansias predilecta,
 Fortifica tu autóctona morada
 Y desde lo alto tu esplendor proyecta.

Cual vela que se apaga cada instante,
 He de morir de consunción y penas,
 Entre las llamas de mi amor constante,
 ¡Todo por darte sangre de mis venas!

¿Qué importa que después de haber sufrido,
 Realizada su ambición preclara,
 Al hombre dejen en completo olvido,
 Si buen hijo la patria lo declara?

Cuando ya nada quede de mi nombre
 De todos olvidado por mi suerte,
 Como súplica póstuma del hombre,
 Cuya gloria en el polvo se convierte;

Envuélveme en tus pliegues por entonces,
 Avive el cuerpo tu candente flama,
 Toquen a gloria los sonoros bronce,
 ¡La lira unísona al cañón que brama!

J. HERNÁNDEZ GAVIRA
 Manila—San Pablo